

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NUM. 8081

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. **Números sueltos 15 céntimos**

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicarlos que reciba, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIEBAS 4.**

Jueves 6 de Setiembre de 1888

## EL PERIODISMO

Los periodistas que por obligaciones de nuestra profesión tenemos que examinar y estudiar tantas cosas, somos actualmente objeto de examen. Alejandro Dumas, el célebre dramaturgo que, como Victoriano Sardou, busca para sus obras teatrales un asunto de actualidad, trabaja ahora, según dicen, en un drama, cuya acción se desarrollará en lo que nuestros vecinos llaman el mundo de la prensa.

Un redactor de *Le Gaulois* ha celebrado recientemente un *interview* con Emilio Zola, acerca del periodismo contemporáneo, y de esta conversación entresacamos algunas ideas del autor de los *Rougon Macquart* acerca de la prensa, que nos parece que tienen interés de actualidad.

«Es una verdad pueril de puro evidente, ha dicho Zola, que la verdadera misión de la prensa es ilustrar la opinión pública, preparar caminos de progreso, sembrar y desarrollar ideas susceptibles de mejorar la suerte de los pueblos. Si el periodismo algunas veces se ha separado de este noble objeto, al cual ha visto siempre, hay que atribuirlo a la influencia de ideas malsanas, al contacto de pasiones fuertemente removidas, que le han hecho olvidar momentáneamente el camino trazado por la razón y por el deber.»

Y sentado esto, hablemos del periodismo contemporáneo. Mi opinión acerca de este asunto puede resumirse de este modo: «Mucho bien y mucho mal.»

El periodismo moderno, que es una verdadera fuerza, posee, al lado de grandes ventajas, inconvenientes no menos grandes. La transformación incesante de las cosas ha creado nuevas necesidades. Una de éstas es la fiebre de la información, que hace que queramos estar enterados, lo más pronto posible, de un hecho que acaba apenas de suceder.

A esto, el periodismo contemporáneo responde de una manera perfecta. Él desenvuelve la curiosidad pública, él la informa rápidamente; él facilita la vida; él responde perfectamente, en fin, á las exigencias del público. Si fuéramos á enumerar sus otras cualidades, veríamos que ese periodismo ha creado nuevas masas de lectores; la palabra ha penetrado rápidamente en las masas; él ha democratizado el arte, ayer todavía culto exclusivo de las clases privilegiadas.

La poderosa publicidad de que dispone, ha llevado el libro á las aldeas, á los valles, á las montañas á todas partes donde el hombre ha dejado su huella.

Yo añadiré que la información no ha mudado todavía el arte, y creo que no lo matará. Todo lo que se pueda decir es que nuestro periodismo es de su tiempo; marcha con el sentido de las cosas; él persigue un objeto todavía desconocido, como la mayor parte de los problemas sociales.

Pero él va delante, sin cuidarse de los caminos que tiene que recorrer, de los obstáculos con que tiene que luchar. Yo soy muy partidario de la prensa de informaciones; ella me facilita la vida, me pro-

porciona los éxtasis pasajeros, las impresiones fugitivas, todas las cosas que me parecen buenas porque son cortas.

Por otro lado, la fiebre de informaciones que nos domina poco á poco da un gran relieve á los sucesos menos notables. El más pequeño incidente se modifica, se transforma. Transportada esta fiebre á un suceso nacional, y veréis los magníficos resultados.»

Y así continúa el insigne novelista discutiendo en larga conversación acerca del periodismo moderno. Una cosa dice, que, por ser muy exacta, nos importa dejar consignada:

«Se ha hablado mucho de la pretendida rivalidad de la prensa. ¡Qué de calumnias no se han propalado acerca de esto, que sería risible si no fuera oírlos! La prensa parisiense es esencialmente honrada. Yo he sido periodista cerca de ocho años, y sin temor de pasar por inocente, declaro que no he visto ninguna de las abominaciones que espíritus pequeños han extendido á su gusto.»

El periodismo, como todas las carreras abiertas, encierra algunas más personas dispuestas á traficar con un título, del que se apoderan desvergonzadamente. Esto es cierto. ¿Pero en qué clase de periódicos maniobran esas gentes? En hojas de papel tan desconocidas como despreciables. Y es, que prueba que en todas partes hay malos, tanto en las filas numerosas de los empleados como en las de los periodistas.»

En esto Zola tiene razón; lo que él dice de la prensa de París se puede decir de la de España, que es la más desinteresada que se conoce, la que más fácilmente da un bombo y contribuye á hacer personajes á muchos que luego la motejan.

No es menos exacto lo que el autor de *Terre* dice en las siguientes líneas:

«Hay mucho público que no concibe que un hombre pueda ganar dinero escribiendo artículos en vez de vender varas de paño ó madejas de algodón, y este público se inclina á creer que los periodistas pasan la vida en los cafés, en los garitos ó en los boudoirs.»

Este es un error tan fútil como extendido. La suma de trabajo realizado en un año por un periodista, es verdaderamente asombrosa, y representa los dos tercios de su vida en ese tiempo. ¿Cómo quieren que tenga lugar para esas distracciones tan variadas á que le suponen entregado?»

Dios le pague al ilustre escritor estas verdades que dice en desagravio de la clase; pues es evidente que á pesar de lo que dicen malas lenguas, á trabajadores nos ganan pocos á los periodistas, aunque nos esté mal el decirlo, y en muchas oficinas donde se ganan pingües sueldos, se quisiera hacer la labor que representan estas hojas de papel que lanzamos todos los días al público.

## MR. ISIDORE MORICELLY

Los periódicos de Carpentras (Francia) traen extensas reseñas de las solemnes fiestas que se han celebrado en aquel pueblo en honor de Mr. Isidore Moricelly, fabricante de harinas de Marsella, de las cuales se hace un consumo muy importante en Cartagena con

la marca «Matrona» llamada aquí vulgarmente «El Santo.»

El Sr. Moricelly, hijo de Carpentras, salió de su pueblo natal cuando era un simple obrero, habiendo logrado á fuerza de inteligente y honrado trabajo formarse la gran posición que hoy ocupa; pero lejos de desvanecerse como otros hombres al encontrarse en el pináculo de la fortuna, ha considerado que el más apropiado uso que podía hacer de ella, sería dedicar una parte muy considerable en favor de sus compatriotas y paisanos, acudiendo con mano pródiga no sólo al alivio de su salud sino también al mejoramiento de su inteligencia é instrucción.

El Sr. Moricelly que había ya derramado en Carpentras, con verdadera prodigalidad, los frutos de su trabajo, traducidos en limosnas y donativos cuantiosos, acaba de realizar un acto de gran generosidad, restaurando á su costa el Museo y Biblioteca donde una importante galería ha tomado su nombre, y reconstruyendo con verdadero lujo una parte muy esencial del edificio destinado á Hospital, en cuyas salas ha establecido también por su cuenta las necesarias estufas, corriendo á su cargo el gasto de combustible.

Los desembolsos hechos con este motivo por el Sr. Moricelly, revisten tal importancia, que á inaugurar la terminación de las obras han acudido á Carpentras el Prefecto del Departamento, varios diputados y todas las autoridades, habiendo hecho al Sr. Moricelly la población en masa, los mayores obsequios y las demostraciones más grandes de reconocimiento, en medio de los banquetes, iluminaciones, bailes, fuegos artificiales y otros festejos de carácter oficial, á todos los cuales ha respondido el Sr. Moricelly con estas sencillas y elocuentísimas palabras que traducimos de *La Cronique de Vaucluse*: «Lo que yo he hecho no vale nada en comparación de lo que me propongo hacer.»

Dichosos los pueblos que cuentan entre sus hijos, con hombres de tan elevados sentimientos y de tan acendrado patriotismo como el Sr. Moricelly, y dichosos los ricos que pueden sentir la hermosa satisfacción de la gratitud de sus paisanos, porque les han hecho partícipes de sus riquezas tan digna y honradamente adquiridas.

El Sr. Moricelly, caballero de la Legión de Honor, ha merecido también del Gobierno francés y de las corporaciones populares, las mayores distinciones, y últimamente ha sido nombrado miembro del Jurado de recompensas, en la Exposición Universal de Barcelona.

Desde las columnas de nuestro modesto periódico, enviamos al Sr. Moricelly la felicitación más entusiasta, por la honrosísima manifestación de que ha sido objeto en su pueblo natal, deseándole que el aumento progresivo de su fortuna, le permita seguir practicando obras tan meritorias como las que acabamos de hacer públicas, y tan dignas de ser imitadas por los favorecidos de la suerte.

## Variedades.

Como ya manifestamos á nuestros lectores, en Pontevedra se ha presentado hace tres días una mujer llamada Dominga Recamonde, vecina de una de las parroquias del Ayuntamiento de Forcarey, que, por lo que se dice, prometió dejar muy atrás á los célebres ayudadores Tauer y Succí.

Estos, como todo el mundo sabe, se pasaban veinte ó treinta días sin probar alimento; pero uno y otro bebían agua, y alguno de ellos apelaba á las gotas de un elixir cuyo secreto poseía; pues bien; la nueva ayunadora

no pasa veinte ó treinta días esclavada, sino que, según se asegura, lleva ya hasta la fecha diez años en que no ha comido ni bebido absolutamente nada, y sin embargo, ni sus fuerzas han decaído gran cosa, ni su salud se ha llegado á resentir de un modo grave.

A pesar de esto, no se trata, como pudiera acaso creerse, de un extraño y notable caso de catalepsia, sino de una persona que vive perfectamente despierta y en el pleno goce de todas sus facultades y movimientos.

Dominga es hija de Antonio Recamonde y de Teresa Gil, vecinos de Forcarey; tiene treinta y nueve años de edad, ó sea la misma que aproximadamente representa.

Es delgada, de mediana estatura, de pelo negro y de color moreno, cetrino obscuro.

Los ojos, que no son grandes, aparecen algún tanto hundidos y rotundos de obscuras y profundas ojeras.

Viste traje de aldeana, cuerpo y falda corta de percal rayado, y sobre ella un delantal de cuadros verde obscuro.

A la cabeza lleva atado, como á la vizcaina, un pañuelo amarillo vivo.

Al cuerpo, y cruzado atrás, lleva otro pañuelo de lana castaño con floritas.

Sobre el pecho y pendiente de una tosca cinta azul, se ve una medalla de la Divina Concepción, que hace más de quince años lleva constantemente consigo.

Su figura podrá no parecer, pero su trato es afable, suave y dulce.

A Pontevedra, donde vive, y de un vecino llamado Manuel Cosende, los cuales afirman, como los demás de aquel y de otros pueblos comarcanos, que no la han visto comer ni beber nada en los diez años que lleva así.

Antes de llegar á esta creencia, que ha adquirido en ellos la fuerza de una verdad incóncusa, ha habido, como es de suponer, muchas dudas, y repetidas fueron las ocasiones en que algún médico ó algún sacerdote, queriendo cerciorarse de la exactitud de la versión, que empezaba á correr como válida entre las gentes, sometía á experiencias á la Dominga, experiencias que, según parece, en todos los casos han llevado el mayor convencimiento al ánimo del que las realizaba.

Uno de los que más incrédulos se habían mostrado siempre, y hoy se cree entre los creyentes más ciegos, es el alcalde de Cernedo, el cual, poco amigo de creer en lo que no viera, quiso apreciar por sus propios ojos la verdad de cuanto se decía, y así aquí afirma en qué forma ha emitido su juicio en una conversación que ha tenido con un redactor de un periódico de Pontevedra:

«Yo me resistía á dar crédito á lo que se hablaba de esta mujer, hasta tal punto, que había apostado con otros amigos á que si la dejaban á mi cargo, me comprometería á demostrar que Dominga comía y bebía como cualquier mortal.»

La rapaza no quiso acceder en un principio á los deseos de mis contritantes; pero ya al fin éstos la convencieron, y Dominga Recamonde se prestó al examen.

La recibí en mi casa. La encerré en una habitación que tuve bien cuidado de vigilar, y al cabo de once días la saqué de ella, pudiendo advertir que salía exactamente en el mismo estado en que había entrado.

No quise hacerla permanecer allí más tiempo, á pesar de que un huésped que sale tan barato se puede tener en casa toda la vida que gaste siquiera agua de la fuente, y convencido de que era verdad cuanto se decía y que era de conciencia no dejar este caso sin conocer de los médicos, me decidí á traerla á Pontevedra ante la Comisión provincial para